

que podían sin saberlo el emperador. Hasta el mismo Soberano Pontífice fué víctima de este ódio furibundo: aprisionáronle, le hicieron padecer hambre, le dieron de palos muchos días continuos, y últimamente le arrojaron en un pozo donde murió el año 222, despues de un pontificado de menos de cuatro años.

Al mismo tiempo hubo otros muchos mártires á causa de las intrigas de los juriconsultos, gentes mas adictas á las fórmulas y á la costumbre que á la humanidad y á la buena fé, siendo por esto mismo los enemigos mas terribles del cristianismo. Bajo el imperio de Alejandro gozaban de gran crédito, porque este príncipe inesperto, pero con buenas miras, se habia propuesto valerse de sus luces para reparar los desórdenes de los reinados anteriores. Mas aquellos falsos y duros celadores obstináronse en mirar la Religion cristiana como una novedad contraria á las leyes romanas. Ulpiano, uno de los mas célebres, publicó un tratado que compuso sobre las obligaciones de los procónsules, en el cual hizo una recopilacion de todas las ordenanzas de los príncipes, con una enumeracion circunstanciada de los castigos decretados contra los cristianos; y este declarado enemigo se vió elevado á la dignidad de prefecto ó gobernador de Roma, encargado por oficio de la pesquisa y castigo de todos los que á su juicio podian pasar por malhechores.

No tardó la Iglesia en quedar privada del recurso que aun hallaba en la moderacion y buen natural del emperador. Su celo por el buen orden y su exactitud en mantener la disciplina le hicieron odioso á las tropas á pesar de la estimacion que no podian rehusarle. Hacia poco que habia alcanzado una muy gloriosa victoria sobre el temible Artajerjes, que acababa de subyugar á los partos y restablecer la monarquía de los persas. Fué indispensable marchar inme-

diatamente á la otra estremidad del imperio contra los germanos, que habiendo pasado el Rhin y el Danubio inundaban y talaban sus provincias. Habia ya llegado Alejandro cerca de Maguncia, é intimidados los bárbaros volvian á pasar el Rhin precipitadamente cuando fué asesinado por algunos soldados gales, el año 235 de Jesucristo y catorce de su reinado. Fué muerta tambien, con algunos oficiales del palacio que quisieron defenderla, su madre Mamea, que le acompañaba en todos sus viajes.

Al principio, el atentado no tuvo otros visos que los de una precipitacion ciega de furor; mas todos se persuadieron de que era el fruto de una conjuracion secreta, cuando vieron que Maximino, gefe de los conjurados, mas bárbaro que romano, aspiraba al imperio, y efectivamente fué saludado emperador con toda solemnidad. Maximino habia nacido en Grecia, de un padre godo y de una madre de la nacion de los alanos, y no desmentia su origen ni con sus costumbres ni con sus cualidades personales: era de estatura muy alta, pues afirman que tenia mas de ocho pies, y de una fuerza proporcionada á su talla. De un puntapié quebraba la pierna á un caballo, y él solo hacia mover un carro cargado. Fué primero pastor; luego simple soldado, y por su destreza en el ejercicio militar ascendió hasta los primeros grados. El último emperador le habia dado la inspeccion de las tropas visonas con el cargo de adiestrarlas.

Cuando se vió señor del Imperio no pensó en otra cosa que en hacerse temible; por una loca sospecha que formó de algunos oficiales mandó matar á cuatrocientos hombres sin distincion ni exámen, siendo el crimen de la mayor parte de ellos haber llorado á Alejandro. Tenian los cristianos motivos particulares de echar de menos á aquel buen príncipe, y por lo tanto se hicieron muy odiosos á su parricida, y esta fué

la causa de la sesta persecucion (a). El ignorante y estúpido Maximino les imputó todas las desgracias del Estado; la pérdida de las batallas, la epidemia, la escasez, los terremotos, los mas extraordinarios accidentes, todos los males, segun él, sucedian por causa de los cristianos. Con todo eso no decretó la pena de muerte sino solo contra los obispos, como autores directos de los rápidos y continuos progresos del cristianismo. Habíanse multiplicado tanto los fieles que hasta los mas medianos políticos tenian que reconocer los inconvenientes que acarrearía su ruina. «Están llenos de nuestros hermanos», decia ya Tertuliano, aun antes de esta época, los campos, los

fuertes, los retiros mas ocultos, los ejércitos, los tribunales, el palacio de los Césares, y todos los lugares á escepcion de los templos de los ídolos; si murieran ó se retiraran quedaria convertido el imperio en un desierto espantoso y en presa del primer osado raptor. La mayor parte de los gobernadores en las provincias y los magistrados en las ciudades sujetaron á la pena de muerte á muchos legos celosos, ademas de los eclesiásticos que pudieron haber á las manos.

Mas lo que parece haber dado el primer impulso á esta tiranía tan general y tan sin regla, fué el celo diversamente interpretado del famoso soldado que dió motivo al escrito no menos célebre de Tertuliano sobre la *Corona del soldado*. Cuando Maximino fué proclamado emperador, hizo segun costumbre, varios regalos á las tropas; cada uno de los soldados debia presentarse con una corona de laurel en la cabeza, pero pasó uno que la llevaba descubierta y en la mano su corona; no puso cuidado el tribuno, hasta que el susurro ó la bafa de sus compañeros le hicieron reparar en aquel hombre. El oficial preguntóle la causa que le movia á singularizarse; y él respondió con intrepidez: *porque soy cristiano y mi Religion no permite llevar vuestras coronas*. Despojáronle al punto de su uniforme, quitáronle las armas y le encarcelaron. Desaprobó esta accion la mayor parte de los fieles, como que se habia espuesto temerariamente y con él á toda la Iglesia, contra la cual encendia la persecucion solo por un vano escrúpulo. Tertuliano, por el contrario, pretendió que la corona era una verdadera señal de idolatría, y que en rigor el soldado no habia hecho mas que su deber. Preguntóse qué pasage de la Escritura proscribia semejante práctica; pero el doctor africano sostuvo que estaba condenada por la tradicion. Prueba ademas con solidez, y en par-

(a) En esta sexta persecucion acreditó tambien nuestra España el valor y constancia que se son característicos. Es indudable que hallándose tan extendida en todas sus provincias la verdadera Religion, como asegura Tertuliano, perecieron multitud de mártires bajo la persecucion de Maximino. A ella refiere el P. M. Florez (en el tomo 23 de su *España Sagrada*, tratado 63, capítulo 10), el martirio de San Máximo ó San Magin, de quien es muy comun la memoria entre nuestros escritores. De él tomaremos el resumen del martirio de este Santo con quien se honra Cataluña y principalmente la Iglesia de Tarragona.—En tiempo del emperador Maximino, perseguidor de los cristianos, sirviendo San Magin á Jesucristo, salió de Tarragona y se fué á las montañas de *Bufagrañas*, que están á seis leguas de la dicha ciudad hácia el nacimiento del río *Gaya*, entre poniente y norte de la misma diócesis; y en una gruta que habia en la montaña servia á Dios. Entendiendo esto el presidente, que estaba en Tarragona, le mandó traer preso y muy bien atado, por no guardar el mandamiento de los emperadores y menospreciar á los dioses que tenian; y así el glorioso Santo fué puesto en la cárcel bien atado con grillos y cadenas, y le amenazaban con quitarle la vida si no dejaba su Religion cristiana. Dentro de la cárcel fué bien afligido y maltratado de hambre, de sed y de golpes. Hizo un milagro en la hija del presidente librándola de la opresion del demonio; pero ni esto, ni su constancia, ni su paciencia fueron bastantes á ablandar el corazón del presidente. Libró el Señor milagrosamente de la prision al Santo, el cual se volvió á su gruta; pero el presidente faltando al reconocimiento, ciego á la verdad, ingrato á Dios, cruel con su bienhechor, envió sus ministros para que allí le degollasen, como efectivamente lo verificaron en 23 de agosto despues de haberle abofateado y llagado inhumanamente. Dicha gruta fué convertida despues en preciosísimo templo, monumento glorioso de sus virtudes y admirable constancia. Morales (lib. IX, cap. 63) dice que padeció San Máximo con algunos de sus compañeros, y lo mismo asienta Mariana. (N. del E.)

particular con ejemplos y con citas de diversas observancias, la autoridad de aquella tradición; y este es uno de los monumentos mas preciosos de la antigüedad en esta materia, aunque el autor fuese ya montanista; pero va demasiado lejos en lo tocante á la cuestion directa. Compuso en el mismo tiempo su libro de la persecucion, en el que contra el sentir de todos pretende que no es permitido huir de ella, ni rescatar la vida por dinero.

En el curso de estas mismas tiranías fué martirizada en Nicomedia Santa Bárbara, á quien la Iglesia griega venera en gran manera y que se cree fué instruida por Orígenes. San Ponciano, Papa, sucesor de San Urbano, que lo habia sido de San Calisto, murió desterrado en Cerdeña, despues de un pontificado de cinco años. Mandáronse entregar á las llamas los templos edificados en el último reinado. Ignóranse mas circunstancias sobre la persecucion de Maximino, que sin la menor duda duró tres años, esto es, durante todo el tiempo del reinado de este tirano, que fué una série no interrumpida de crueldades. Para sucesor de San Ponciano eligieron los fieles de Roma á Antero, que verosimilmente murió mártir en los primeros dias del año 236, un mes despues de su exaltacion.

Pasados ocho dias fué elegido Fabiano ó Fabian, de un modo casi milagroso. Hacia poco que habia venido á Roma desde el campo, acompañándole otras personas; y como se hubiesen juntado los cristianos para la eleccion del primer Pastor, propusieron diferentes sugetos conocidos y recomendables por sus prendas. No se pensaba siquiera en Fabiano que estaba confundido entre la multitud; pero en una época en que Dios manifestaba frecuentemente sus designios á su pueblo por medio de señales y prodigios, una paloma que se dejó ver súbitamente en los aires, y fué á posarse

sobre la cabeza de Fabiano, escitó la atencion general. Esclamó la plebe con voz unánime, diciendo: *es digno del episcopado*: hicieronle salir en efecto, y le sentaron en la Sede Pontificia, que ocupó por el espacio de catorce años, de una manera que confirmó la idea que se habia formado de su exaltacion milagrosa.

Tambien el imperio se hallaba á punto de tener un nuevo señor. Maximino se iba haciendo mas odioso cada dia por sus brutalidades é injusticias, por manera que á todos les era insufrible su yugo. En Africa se dió el primer grito de revolucion, proclamando á su procónsul Gordiano á pesar de él mismo; y la proclamacion fué ratificada en Roma por el pueblo y por el senado. Tomó por compañero en el mando á su hijo llamado tambien Gordiano; mas fueron destruidos tres meses despues por el partido de Maximino: el hijo pereció en el combate y el padre se suicidó desesperado. El senado, temiendo el resentimiento del furioso Maximino, eligió otros dos emperadores, Pupiano y Balbino; empero no hallándose satisfecho el pueblo con esta eleccion, en la que él no habia tomado parte, fué indispensable para apaciguarle dar el título de César al jóven Gordiano, nieto del primero y de edad de doce años. Hicieronse preparativos de guerra por ambas partes; Maximino se presentó delante de Aquileya, que le cerró sus puertas, é intentó varios asaltos que fueron inútiles. A los soldados les achacaba el mal éxito de sus empresas, y los acuchillaba con su espada sin la menor razon, abandonándose á sus furioses y brutalidades muy satisfecho de su estatura y de sus fuerzas extraordinarias. Empero arrojándose sobre él una muchedumbre de soldados todos juntos, le asesinaron en medio del dia dentro de su tienda. Al instante mandaron su cabeza á Roma, que la recibió con las mayores aclamaciones. Con esto

quedó restablecida la paz, pero duró poco. Las tropas no pudieron aficionarse á unos emperadores que ellas no habian elegido; y así apenas gobernaban el imperio un año cabal Pupiano y Balbino, cuando las tropas se amotinaron osadamente, se echaron sobre ellos y los degollaron despues de haberles hecho sufrir las mayores indignidades. Conservaron, sin embargo, al jóven Gordiano, que solo tenia unos trece años, y gozaba del general afecto por su buena índole. Reconociéronle todos por emperador, y reinó con indecible dulzura, dejando tranquilos á los cristianos.

Iba la Iglesia haciendo cada dia nuevas y gloriosas conquistas, y muchos obispos beneméritos se aprovechaban de la tranquilidad para proveerla de ministros que la sirviesen como ellos. Logró por fin Fedimo, obispo de Amasea, que tenia el don de profecía, imponer la carga tan pesada del episcopado sobre los hombros de Gregorio el Taumaturgo, que en vano huía de ella vagando de retiro en retiro. Fedimo, inspirado del Espíritu Santo, le instituyó, aunque se hallaba ausente, obispo de Neocesarea, en cuya ciudad no habia entonces sino diez y siete cristianos. Gregorio se sometió á la determinacion del cielo, y fué ordenado con las acostumbradas ceremonias; mas pidió algun tiempo para adquirir un conocimiento mas profundo y exacto de nuestros santos Misterios. Inspiráble cierta circunspeccion acompañada de un temor santo los frecuentes ejemplos de los que caian en error por amalgamar la filosofia profana con la doctrina cristiana.

Despues de pasar toda una noche meditando, vió á un anciano venerable con una señora de aspecto no menos augusto. A pesar de la oscuridad de la noche no podia soportar Gregorio el resplandor maravilloso de aquella vision: oyó que la Virgen María decia al discípulo amado, con quien

se le aparecía, que hiciese inteligibles al obispo todos los arcanos de la Religion. Esplícóle el discípulo al momento el misterio de la adorable Trinidad, y Gregorio trasladó inmediatamente al papel aquella leccion celestial que pasó despues á sus sucesores, y se leía aun en tiempo de San Gregorio de Nisa; y dice Baronio que se citó en el quinto Concilio general. Nada tiene de increíble esta maravilla en la vida de un Santo que toda ella es una continuada série de milagros.

Salió de su retiro el santo obispo despues de la vision dirigiéndose á la ciudad que habia de regir. Una tempestad, que hacia muy oscura la noche, le obligó á refugiarse, con todos los que le acompañaban, en un templo de idolos, el mas famoso de todo el pais por sus oráculos. Hizo la señal de la cruz al entrar en él, y se puso á cantar las alabanzas de Dios, en lo que se ocupó gran parte de la noche segun acostumbraba. El demonio que daba los oráculos, al venir luego por la mañana el sacrificador á ejercer su ministerio, le dijo que ya no podian habitar en aquel templo los inmortales, á causa del mortal impío que habia pasado en él la noche. El sacerdote ofreció sacrificios extraordinarios y purificaciones de todas clases para aplacar la ira de sus dioses; mas todo fué en vano. La supersticion y el interés hacen entonces subir de punto su cólera, infórmase del camino que ha tomado Gregorio, y procura alcanzarle: cargóle de injurias y denuestos así que lo distinguió, y le amenazó ademas con que le denunciaria á los magistrados como profanador de la religion del imperio. Escuchóle el santo obispo con la mayor paciencia; y habiendo concluido el sacerdote, le echó en rostro el ningun poder de sus dioses, pues quedaron mudos con sola la presencia de un pobre siervo de Jesucristo. Añadió que tenia facultad para arrojarlos de cual-

quier lugar que quisiese, y hacer asimismo que volvieran á donde á él le pareciera. Muy templado el idólatra con este discurso, le pidió le diese pruebas de aquel poder, haciendo que tornasen á entrar en su templo, restituyéndoles el uso de la palabra. Le dió el Taumaturgo una esquila en que habia escrito estas palabras: «Gregorio á Satanás: torna á entrar.» El sacrificador la dejó sobre el altar, hizo las ceremonias ordinarias, y logró volver á ver aquellos ídolos sus dioses como acostumbraba. Fué despues á buscar otra vez al obispo, y le rogó le manifestase el Dios Poderoso que tanto dominio tenia sobre los demonios: espúsole claramente Gregorio los principales misterios de la fé; mas al sacrificador no le gustó el misterio de la Encarnacion, diciendo que era indigno de la grandeza y magestad del Eterno.

«La prueba de esta verdad, replicó el Taumaturgo con un tono inspirado, no se ha de adquirir ni en las palabras, ni en los humanos razonamientos, y si en las mismas maravillas de la divina Omnipotencia.» Al lado del camino, en que á la sazón estaban, habia una alta y escarpada roca; *manda á esta peña*, dijo el sacrificador, *que mude de puesto y vaya á tal parage*, que señaló, *y luego te creeré*. Mandólo Gregorio, y obedeció la peña. El pagano no resistió mas, y abandonando su oficio con todo lo que poseia se adhirió irrevocablemente al Santo.

Habiendo llegado la fama de este milagro á Neocesarea antes que el obispo, salió el pueblo apresuradamente de la ciudad á recibirlo. No se habia reservado siquiera una simple habitacion, á pesar de haber poseído en otro tiempo tantos bienes en dicha ciudad de donde era natural, y mostrándose por esto algun tanto inquietos los fieles que le seguían, les dijo: *¿Acaso no estamos á cubierto, bajo de las alas de la Providencia, que nos manda no tengamos otro*

*cuidado que el de edificarnos una mansion eterna?* Apenas habia dicho esto cuando una multitud de gentes se acercó á él, pidiéndole cada uno, como por favor, que fuese á hospedarse á su casa; y el Santo prefirió la de Musonio, no porque era uno de los mas ricos de la ciudad, sino porque su conducta estaba enteramente conforme con la fé cristiana que profesaba.

Antes de que concluyese el dia, creyeron ya muchos en Jesucristo; y al dia siguiente por la mañana acudieron á la puerta de la casa donde se alojó el santo obispo una infinidad de personas de todas edades y sexos, y tambien gran número de enfermos que quedaron sanos. Dieron á las predicaciones del Taumaturgo tal eficacia estos milagros repetidos todos los dias, y el ejemplo aun mas admirable de sus virtudes, que en muy poco tiempo formó un rebaño tan ferviente como numeroso. Mandó entonces edificar una iglesia de buena planta, y todos contribuyeron á tan piadosa obra, ya con sus bienes, ya con su trabajo: estaba situada en el lugar mas elevado de la ciudad, y se juzgó un milagro continuo su resistencia á la violencia de infinitos terremotos que en lo sucesivo arruinaron casi toda Neocesarea; siendo no menos milagrosa su conservacion durante la persecucion tan violenta y general de Diocleciano y Maximiliano.

Mas el Taumaturgo nunca intercedia con el Omnipotente con mas gusto que cuando se trataba de evitar la transgresion de la divina ley. Estaban dos hermanos á punto de quitarse la vida el uno al otro por la posesion de un estanque en donde entontes se estaba de pesca. Avisaron al piadoso obispo algunas personas caritativas, y despues de haberse valido de todos los medios posibles para conciliar á los dos hermanos, se trasladó á la márgen del estanque, que al dia siguiente verosimilmente

se habia de regar con la sangre de los hombres armados que se juntaban por ambos partidos, y pasó toda la noche en oracion, pidiendo al Señor trasformase el estanque en una tierra seca y dispuesta para la labor. Con efecto, desapareció el agua, y al otro dia no hallando los contrincantes el objeto de su disputa, se resolvieron á seguir la voz de la naturaleza, ahogada antes por el interés.

Ejerció el Santo su dominio en otra ocasion de una manera no menos eficaz sobre las aguas del rio Lico, que cercado de las montañas se hincha en las tempestades con las aguas de varios torrentes que se le reunen y tala á las veces los campos saliendo de madre. En una de aquellas avenidas mas grandes, acudieron muchas personas despavoridas al santo obispo, y le suplicaron que evitase su total destruccion. Fuése con ellos diciéndoles que no aguardasen el remedio mas que de Dios, y cuando notó el impetu de las aguas pidió á Jesucristo que ya que en otro tiempo habia mandado cesar el viento y la violencia de las olas del mar, diese una prueba de este mismo poder á un pueblo todavia débil en la fé. Concluida su oracion, hincó en el suelo su báculo, en el parage en donde el río salia de madre: detúvose la avenida, y jamás en adelante pasó el rio de aquel nuevo dique, que prendió, echó raíces y llegó á ser un árbol que existia aún mas de un siglo despues. Asi pues, el celo y la reputacion de este hombre milagroso establecieron sólidamente la fé, no solo en Neocesarea, sino tambien en todas las inmediaciones.

Entre los obispos que instituyó en muchas ciudades, es San Alejandro, llamado el Carbonero, uno de los que mas honor hicieron á su eleccion. La ciudad de Comana, dependiente de Neocesarea, habia enviado diputados para obtener un prelado (1):

(1) Bolland. in. vit. Thaum.

trasladóse Gregorio á dicha ciudad para examinar los súgetos que destinaban á esta dignidad, é hizo presente que para la eleccion no se debia atender á la nobleza del nacimiento ni á las brillantes cualidades personales; sino que debia preferirse la virtud aunque se ocultase bajo el mas despreciable exterior. Uno de la asamblea dijo: *se ha de ser asi, no hay mas que elegir á Alejandro el Carbonero.*—*¿Y quién es ese Alejandro?* preguntó Gregorio, convencido de que casi siempre los designios de la Providencia están muy distantes de los que forman los hombres. Alejandro se hallaba entre la turba y le mandaron acercar: echáronse todos á reir al ver á un pobre hombre lleno de andrajos, y con el rostro y lo demás del cuerpo negro del humo y del carbon; mas el Carbonero se presentó con una compostura firme y modesta, sin sobresalto ni la menor señal de alteracion. Sospechó Gregorio desde luego que habia en esto algo de extraordinario; llamó á Alejandro aparte, le preguntó con ahinco quién era, y en nombre de la Iglesia le rogó que nada le ocultase movido de una humildad intempestiva. Declaróse Alejandro con su obispo, le manifestó su patria, su educacion, su nobleza, y le confesó que únicamente el deseo de poner en salvo su virtud le habia reducido al estado en que le veia. Daba nuevas pruebas de un entendimiento despejado y del mas recto juicio, satisfaciendo despues á cada pregunta que se le hacia. *Miro, decia, lo negro del carbon como un velo que me tiene en la oscuridad y en el olvido; todavia soy joven, como veis, y de bastante buena presencia, segun me decian en otro tiempo; cada circunstancia de estas seria una tentacion; mas me encuentro libre de ellas á la sombra de este humilde oficio que me sirve para ganar honradamente mi subsistencia.*

No quedó duda á Gregorio de la elec-